Enviar a Max

Apología de la novela policíaca
Alejo Carpentier

Bohemia

(Carteles, 19 de abril de1931)

Revista (análisis de fondo)

¿Es género literario inferior la novela policíaca? Voltaire, inventor del detective. La verdadera creación de Conan Doyle. El papel creador del delincuente. Arsenio Lupin y Fantomas

No soy de los que creen que en materia de literatura o de música exista lo que los estetas han dado en llamar "géneros inferiores". En arte hay, ante todo, propósitos -más o menos elevados, más o menos austeros-, pero toda producción del espíritu humano está situada en un terreno dado y lo importante es que el actor de una partitura o de un libro logre su propósito con la mayor perfección posible dentro de la línea de conducta trazada previamente.

No hay géneros inferiores

Un *jazz* y una sinfonía están situados en distintos terrenos, pero entre un *fox-trot* logrado y un andante orquestal aburrido y sin médula prefiero el primero. No por mera fantasía, el gran compositor Arthur Honegger me decía, en cierta ocasión: "Es tan difícil realizar un buen acto de opereta como escribir un buen poema sinfónico".

excelencia en todo sin mirar el género

mediocridad abruma lo clásico

Y, poco después el mismo Honegger, autor de partituras llenas de austeridades y violencias, nos demostraba, con su deliciosa opereta "Las aventuras del rey Pausole", que el cultivo de disciplinas severas no le vedaba los caminos del buen humor y de la gracia, y era capaz de escribir una comedia musical que se sostuviera durante cien noches consecutivas en el cartel de un teatro ligero parisiense.

Los artistas modernos no ocultan su estimación por los géneros que afectaban despreciar, con límpico gesto, los hombres de fines del siglo pasado. El maravilloso Stravinsky acaba de transcribir un fragmento sinfónico de su ópera maura para los *boys* del conjunto de Jack Hylton-¡Y los más divertido es que lo hace ejecutar en la Opera de París! Los actuales maestros del pentagrama tratan con respeto a Gershwin, autor de "The Man I Love". Y los literatos por su parte, acabaron por admitir que hace falta mucha ciencia para escribir novelas de aventuras en que el interés de la acción esté acompañado por una verdadera calidad literaria.

Entretener vs. Crear

La novela policíaca es, de todos los géneros realizables en letra impresa, el más despreciado por los espíritus graves. Sin embargo, no tengo inconveniente en afirmar que siento gran respeto por un Gaston Leroux o Conan Doyle, y que sitúo my alto en mi estimación libros tan perfectamente logrados como *El misterio del cuarto amarillo* o *El perro de Baskerville*. Más aún: creo que muy pocos maestros de la literatura contemporánea serían capaces de escribir una buena novela policíaca, y que este género es uno de los más difíciles de cultivar que existan en el mundo.

¿Cómo nació la novela policíaca? Sería interesante estudiar la formación de esta clase de narraciones. Por lo pronto, puede afirmarse que la novela policíaca es de creación muy reciente, ya que está intimamente vinculada con el desarrollo de cierta técnicas científicas de investigaciones criminales.

Lo cierto es que el género tiene un antecesor ilustre: Voltaire. En *Zadig*, el viejo iconoclasta de Ferney, nos ofrece un ejemplo de deducción razonada, digna de figurar en cualquier novela de Gaston Leroux. En uno de los capítulos de este delicioso cuento filosófico, vemos al personaje principal describiendo un caballo *que no ha visto*, y determinando su alzada, peculiaridades y calidad de sus arneses, después de haber examinado algunas huellas e indicios exteriores. *Zadig* resulta, de este modo, digno abuelo de los modernos Sherlock Holmes y José Ruedelabola. Las marcas dejadas en su fuga por el corcel del visir anuncian las improntas fijadas por el criminal en una colilla de cigarro, y que acabarán por llevarlo al patíbulo, gracias al virtuosismo deductivo de los Philo Vance o Nick Carter.

Se me dirá que durante el siglo XIX *Los cuentos de Hoffmann*, los cuentos de Marcel Schwob, y aun las narraciones sangrientas de Anna Radcliff, se vinculaban más o menos con el género de la novela policíaca, por un punto común: la intervención del elemento criminal, misterioso, o truculento. Pero, si exceptuamos "El asesinato de la calle Morgue" de Edgar Poe, veremos que todos los que, en cierta época, cultivaban la literatura del terror, situaban al hombre como víctima de los acontecimientos y nunca como elemento pensante, capaz de obtener, por sus propias fuerzas, la clave del enigma.

Debemos a Conan Doyle, la creación de un detective con toda la barba: Sherlock Holmes. Sabemos que este personaje agudo, frío y melómano a ratos, fue sugerido al novelista por un modelo existente: un compañero de universidad, que logró explicar cierto crimen misterioso, acontecido en Oxford, por medio del razonamiento y la observación.

Nace primero orientada al dectetive y luego se inclina la focalización en el delincuente

Una vez surgido Sherlock Holmes, la senda estaba abierta. El género tuvo cultivadores de talento, como Gaston Leroux, pero también una horrenda serie de imitadores, a la que debemos los Nick Carter por entregas que devorábamos en el colegio y otras cosas de calidad muy inferior.

Pero pronto los novelistas de este género se dieron cuenta de algo muy importante: el delincuente, el bandido genial, puede resultar mucho más lleno de interés que el sabueso que le muerde incansablemente los talones. No debe olvidarse que el criminal tiene una superioridad filosófica sobre el detective. El criminal aparece como elemento creador, como hombre bastante hábil, desmoralizado o cruel, para ser capaz de situar la sociedad organizada ante una situación anormal. Su acto altera un equlibrio preestablecido, colocando a sus semejantes ante un hecho originado por su sola voluntad. Es acto de afirmación; equivale a la invención de un problema, más o menos intrincado, del que sólo ofrece las bases sin indicar los medios que han de llevarnos a resolverlo. El detective encuentra un problema perfectamente planteado, que excluye toda

Chesterton

• desestabiliza
• transgrede el orden social
• voz transgres
→ carnavalesca

De Quincey

creación por su parte, y del que sólo puede explicarnos el mecanismo, si acierta en su tarea investigadora. El detective es al delincuente lo que el crítico de arte es al artista; el delincuente *inventa*, el detective *explica*.

Los niños se dan cuenta de muchas cosas que escapan a la percepción de sus padres. Siempre les impresiona el papel original, inesparado, creador, del delincuente. Por ello, cuando asisten a la proyección de *films* policíacos o leen novelas de esta índole, mientras las personas mayores anhelan el triunfo de la policía, y con esto, la victoria de los principios del orden, los chicos se sienten invenciblemente atraídos por el bandido simpático, y una sonrisa ilumina sus rostros, cada vez que los detectives han caído en una trampa bien preparada. (Al menos, era esto lo que ocurría en mi tiempo, cuando, babeante y crispado, seguía las aventuras de Zigomar Piel de Anguila en la pantalla del cine Norma.)

Al lado de esto, otra circunstancia confiere extraordinario interés a la figura del bandido. Este último, una vez realizado su delito, lucha solo contra un organismo maravillosamente disciplinado, como Robinson Crusoe luchaba victoriosamente contra las fuerzas de la naturaleza en la soledad de su isla. El bandido se basa a sí mismo, mientras la policía moviliza todo el aparato de los laboratorios médicos-legales, toda su jauría de inspector, todo su arsenal de pistolas y ametralladoras, para acosar y derribar a un solo hombre. El criminal es un perfecto *self-made-man*, y nunca podremos arrancar del alma humana una vieja simpatía - que le viene desde la Edad de Piedra-, por el individuo que logra esquivar las persecuciones, sin ayuda ajena. (Tanto más en esta época de "confesiones forzadas", bajo el signo de una policía que deja escapar una cantidad pavorosa de delincuentes en el mundo entero, mientras se preocupa en arrestar y aplastar bajo sus botas a todo infeliz ciudadano sospechoso de tener una ideología libre en materia de política).

Esta noción de la importancia del delincuente en la novela policíaca, ha dado lugar a la creación del tipo, muy moderno, del bandido simpático: Arsenio Lupin, John Raffles, cradores en todo el sentido de la palabra. Y junto a estos personajes, animadores de la gesta de caballería contemporánea debe situarse una de las creaciones más extraordinarias de la novela popular: *Fantomas.*

No me mueve la menor ironía al escribir estas líneas. Los cuarenta y tantos volúmenes que integran la serie completa de aventuras de *Fantomas*, están horrendamente escritos, convengo en ello. Pero sus autores -Pierre Souvestred y Marcel Allain- poseen, sin discusión posible, una de las virtudes que más estimo en el hombre: imaginación. No hay un solo capítulo, en las aventuras de *Fantomas*, que no nos ponga en presencia de hechos inventados con admirable ingenio. Los novelistas han tenido el talento de hacer aceptables las situaciones más inverosímiles. Algunos de sus volúmenes, tales como *El coche nocturno*, llegan casi a las fornteras de lo mitológico, con sus preparadores de esqueletos y sus escafandras que cazan ahogados- !al lazo!-, en el fondo del Sena. Ya ahí, más que nunca, ante las persecuciones incansables de Juve y Fandor, resalta el poder creador del bandido, "Inasible Rey del Espanto"...Al final de la serie, no sabiendo cómo hacer desaparecer dignamente un personaje tan

imaginación es uno de los elementos de lo sublime en Kant

extraordinario, los inventores de *Fantomas* lo hacen morir -solución admirable- en el naufragio del Titanic.

Ya los escritores serios se van despojando de un viejo prejuicio contra la novela policíaca. El hecho de que estas novelas, en su mayoría, resulten infantiles y mal construidas, no obstruye su fecundísimo campo de posibilidades. Pierre Mac Orlan, y otros, no han vacilado en movilizar sus fuezas para tratar de emular a Gaston Leroux o Van Dine. Pero los resultados de su labor en este terreno, nos hacen siempre llegar a la conclusión de que les faltó "algo", que poseen, en sumo grado, algunos especialistas de la novela policíaca. Aún desprovistos de toda envergadura intelectual.

Entre una novela de Gaston Leorux -calificada de género inferior- y una novela psicológica de un Henri Bardeux -considerada como género superior-, la elección no deja lugar a dudas: es preferible la primera. Por ello, pocas apologías pueden hacerse con tanta justicia, como la de la literatura policíaca.